

Al son del bandoneón

Es viernes y por el parlante se escuchan los compases que animan el andar de Marta, mientras Miguel su esposo mirándose en el espejo fija su engominado pelo negro de tal manera que el ala del sombrero luzca ligeramente ladeado. Con diligencia se acomoda el pañuelo de seda sobre el cuello, la elegancia del terno, una flor en el ojal y el lustro de los zapatos dan el visto bueno para la salida nocturna. Un poco de rubor sobre las mejillas, el pequeño sombrerito orlado con suave tul negro, el ceñido traje que brilla con mostacillas hace juego con los largos tacones que ponen más esbelta la figura de Marta.

El salón con reluciente piso de parquet en el que los dibujos ensamblados de las maderas parecieran invitar a girar sobre ellas en ese amplio espacio que hace eco a los acordes del tango.

Los años han pasado raudos, la mirada perdida y el brazo sobre el hombro pareciera traer imágenes difusas, frágiles como acuarelas desteñidas, hace más de cincuenta años atrás que en una tanguería las diestras manos deslizándose sobre el bandoneón cautivaron con una sonrisa a la joven Marta.

Fueron un par de interpretaciones del cantante arrabalero con aquellas estrofas melancólicas las que los unieron por siempre, ese paso sincronizado, en una seducción de movimientos, giros y vaivenes, atraídos por un magnetismo de miradas y leves sonrisas de bailarines; las salidas al Club de Tango se hicieron habituales, aquellas clases para seguir aprendiendo y practicando nuevos movimientos de boleos adelante y atrás, ganchos y giros de ejes en piernas, cadera

y rotación del torso para dar mayor realce a su desplazamiento en el salón, cada lección sirvió para mejorar su ritmo; y con los abrazos, sin querer, ella vino a llenar un vacío en el corazón de Miguel.

Hacia ya un par de años desde su llegada tras el largo camino de Buenos Aires traspasando la cordillera hasta asentarse y ser parte de una Orquesta Típica, él y la compañía de su bandoneón dieron vida a las noches bohemias del puerto, pero en esos versos que afloraban el clamor de la pérdida, la lejanía, la tristeza, no desfallecía el drama de la pérdida de ella, quizás llamada Grizel o Malena.

Así los botones de nácar entre sus dedos tocaban con el alma el bandoneón y se iban entrelazando imágenes difusas que traían del pasado paisajes conocidos y otros imaginados de cálidas tardes caminando tomados de la mano por el parque, sin predecir que habría de ocurrir la tragedia en aquel infausto y fatal atropello de la mujer amada.

Afirmado al pedestal, el cantante en el portentoso micrófono seguía sangrando en su voz estrofas que como ladrón de sombras se diluían en la mente de Miguel; y él aferrado con las dos manos deslizaba abriendo los pliegues del bandoneón y los fuelles hacían relucir las varillas de metal como encendiendo estrellas en la oscuridad del corazón.

Marta fue el ungüento para cicatrizar esa herida, la música y el baile fueron las dosis que llenaron de nuevos acordes la vida, y el tango se convirtió en la pócima que imantaba sus cuerpos en movimientos sincrónicos.

Así pasó el tiempo, cabellos en cenizas, lento andar, fatigas de los años desandados un día de invierno se marchó a la eternidad Marta; Miguel encendió el tocadiscos se sentó en la poltrona, mientras el calor de la estufa se cobijaba en la desteñida alfombra, cabeceaba somnoliento como si el vaivén del disco fuera dejando en su memoria esos surcos espirales de tantos tangos recordados, hasta que el sueño lo terminó venciendo.

Quizás por la mañana volvería a su rutina, abrir las cortinas, caminar por el jardín, leer el diario, o escuchar esos discos que derrochaban nostalgias, sería un día más o un día menos y las estrofas arrabaleras revivirían episodios de su vida.

No sé en que parte ocurrieron todos estos hechos, solo recuerdo que en una venta de garaje compré una caja llena de vinilos de tangos, de esos que giraban a treinta y tres revoluciones por minuto y que como piezas de colección algunos buscan o hurguetean en ferias de antigüedades.

La carátula de un Long Play llamó mi atención, la imagen de un bandoneón extendido en sus fuelles, daba la sensación de desbordar sus melodías fuera del sobre que lo contenía. Al sacar el disco de acetato y leer la etiqueta pude notar una firma caligráfica y un año, indudablemente eran los tesoros de Miguel.

Lo curioso es que encontré entre ellos un sobre con amarillentas hojas dobladas en dos pliegues, estaban manuscritas con algún bolígrafo de tinta y en veintitrés líneas describían este relato, al que sólo le faltan las notas musicales, se anuncie la orquesta, se enciendan las luces, iluminen discretamente un par de manos que al

son de un bandoneón inunden de melodías el salón, mientras en la pista las parejas salen a bailar un tango.